

# Comentarios Internacionales



por Alejandro MAGNET

## Kennedy con ellos y con nosotros

Se puede estar o no estar de acuerdo con las ideas políticas de Kennedy, tener o no tener simpatías por Estados Unidos y su papel en el mundo, pero habrá que reconocer, como tales, dos hechos importantes:

Uno, que el nuevo Presidente norteamericano ha demostrado ya en sus primeras semanas de gobierno una extraordinaria habilidad política, con lo que ha robustecido su posición dentro de su país e, indirecta o consecencialmente, en todo el resto del mundo; y

Dos, que el establecimiento del nuevo gobierno de Estados Unidos ha tenido prácticamente en todo el mundo, incluso en el soviético —salvo China— una acogida favorable, con lo que se ha creado un ambiente internacional mucho más positivo.

### *Los primeros pasos*

Reducida a términos electorales chilenos, la ventaja que le valió a Kennedy su designación como Presidente sería de unos 2.500 votos. Es fácil imaginar cuán débil sería en nuestro país la posición de un gobernante que triunfara por tan escaso margen.

Es cierto que, al mismo tiempo, el nuevo Presidente norteamericano se encontró con un Congreso en cuyas dos ramas su partido había alcanzado una amplia mayoría, lo que le aseguraba el necesario respaldo parlamentario. Pero, como luego se verá, esa mayoría es mucho más aparente que real y sólo puede utilizarse con seguridad dentro de ciertos márgenes o para determinados objetivos.

La tarea más urgente de Kennedy, en el plano de la mera táctica política, era utilizar todos los medios posibles —crear, incluso, algunos— para robustecer su prestigio y captar a la gran masa de opinión de su país que, si bien había apoyado a Nixon, no era ni es republicana y se hallaba dispuesta a respaldar plenamente a un jefe del Ejecutivo que demostrase tener las cualidades que se le suponían al derrotado candidato republicano.

Por otro lado, obviamente, acertadas medidas

de gobierno serían, ante todo, la mejor manera de conquistar un mayor apoyo ciudadano, mas era necesario tomarlas en forma de crear rápidamente un nuevo clima e impresionar la imaginación de las gentes mediante la creación de un "estilo". Kennedy, evidentemente, lo ha logrado.

En el difícil período del interregno que se produce entre el día de la elección y la transmisión del mando —en este caso entre el 8 de noviembre y el 20 de enero— Kennedy se ajustó estrictamente a la norma de no intervenir en modo alguno en las últimas decisiones del gobierno saliente.

Incluso, contra lo ocurrido en otras oportunidades, las relaciones entre el Presidente saliente y el entrante se desarrollaron en forma cordial, a pesar de las duras apreciaciones que Eisenhower no se había recatado en manifestar sobre el candidato Kennedy.

Este, sin embargo parece haberse dado el gusto de seducirlo, pues Eisenhower se declaró impresionado por la personalidad de su sucesor, después de la primera entrevista que tuvo con él.

Al mismo tiempo, el Presidente clemente iniciaba una de las más notables cacerías y selección de talentos para formar los cuadros superiores del gobierno y la administración que parecen haber tenido lugar en Estados Unidos. En el hecho, la opinión pública, y en especial la prensa de todos colores, recibió con entusiasta aprobación los nombramientos de miembros del gabinete y de jefes de las grandes reparticiones federales. Los elementos "liberales" o avanzados del partido triunfante alcanzaron una representación satisfactoria, aunque inferior a la que parecen haber esperado. Los "intelectuales" —especialmente los de Harvard— han sido llamados a responsabilidades en el servicio público en proporción nunca vista desde los mejores tiempos de Roosevelt; pero, en general, los nombramientos políticos y administrativos importantes han estado dirigidos por un criterio moderado y pragmático, sin perjuicio del acierto imaginativo. Por otro lado, los nombramientos se fueron escalonando de manera de impresionar a la opinión pública y hasta crear cierto "suspense". Dos cargos claves del gabinete, los de Secretarios del

Tesoro y de Defensa, fueron adjudicados a republicanos, y en el Departamento de Estado, sobre el fondo de moderación del titular, Dean Rusk, se aplicaron los toques de "liberalismo" que significan las designaciones del Subsecretario Bowles y del embajador ante las Naciones Unidas, Adlai Stevenson, este último con rango de miembro del gabinete.

En el auditorio del nuevo edificio del Departamento de Estado, Kennedy dio la primera de sus conferencias de prensa transmitida directamente por televisión, realizando una "performance" similar a la de sus debates con Nixon, que fueron elemento decisivo de su triunfo. Con su afición a las estadísticas, los periodistas norteamericanos anotaron que el Presidente contestó —con precisión y habilidad— 31 preguntas en 38 minutos, en tanto que Eisenhower contestaba sólo 20 en el mismo lapso. Dichas conferencias se han venido sucediendo con regularidad y han contribuido a robustecer ante la masa ciudadana la imagen de un Presidente que domina su oficio. A través de la televisión, Kennedy podrá actuar poderosamente sobre el público de su país y ganar un prestigio que puede ser elemento muy importante de su fuerza política.

#### *La lucha en el Congreso*

Eisenhower, por temperamento y, quizás, por su misma formación de militar acostumbrado a trabajar con un Estado Mayor, "despersonalizó" la presidencia y, sin perjuicio de reservarse las grandes decisiones, entregó las funciones del Ejecutivo a su equipo ministerial, sin mezclarse, por otra parte, en el juego político.

Kennedy, por el contrario, anunció desde el comienzo, que asumiría enérgica y personalmente todas las amplias funciones de su cargo y ejercería la jefatura política del país y de su propio partido. Quedó en claro casi expresamente que él sería su propio Secretario de Estado (razón por la cual Stevenson no podía ser nombrado para dicho cargo) y sería el jefe efectivo de la Administración y del país. Los generales, acostumbrados a hacer por su cuenta declaraciones que muchas veces perturbaron a la diplomacia norteamericana fueron llamados al orden y ya saben que todos sus discursos deben ser previamente aprobados.

Que el Presidente estaba dispuesto a dar todos los pasos necesarios para afianzar el dominio político necesario para el cumplimiento de sus objetivos quedó demostrado en la batalla por el control del famoso "Rules Committee" de la Cámara de Representantes. Dicha Comisión es la que, en la práctica, determina por qué proyectos de ley se puede ocupar la Cámara. Durante años, una alianza de los republicanos con los demócratas sureños había detenido la gran mayoría de las iniciativas progresistas y si Kennedy quería sacar adelante sus proyectos de alza del salario mínimo (a US\$ 1,25 por hora) o de ayuda a las áreas nacionales económicamente deprimidas, tenía que asegurarse que ellos no habrían de quedar encapetados en el "Rules Committee".

Con el apoyo del Presidente de la Cámara, Sam Rayburn, poniendo en campaña a todos sus ministros y llamando él mismo por teléfono a los representantes remisos, Kennedy consiguió que la Cámara aprobase una reforma de la Comisión que permitirá que ésta despache favorablemente los proyectos económico-sociales del gobierno. Pero sin el apoyo de 22 republicanos "liberales", el Ejecutivo habría perdido la batalla, pues 64 representantes demócratas de los Estados del Sur votaron en contra. En todo caso, la estrecha mayoría de 5 votos, en una Cámara de 437 miembros, que obtuvo el Ejecutivo, demuestra con qué cuidado deberá actuar éste para obtener las reformas que desea. En suma, la posición de Kennedy dista mucho de ser como la que tenía Roosevelt en 1932. Esto puede explicar la cautela de muchos de sus movimientos en estos primeros 100 días que ordinariamente tiene un gobierno de Estados Unidos para poner en marcha con más facilidad sus más importantes iniciativas.

#### *Mirando a América Latina*

El surgimiento de Fidel Castro y de un gobierno respaldado por Khrushchev a 90 millas de las costas norteamericanas había convencido ya al Presidente Eisenhower de que se imponía hacer algo en América Latina para impedir un rápido desmejoramiento de las posiciones y hasta de la seguridad de Estados Unidos en el hemisferio. El "fidelismo" estaba creciendo en este continente como expresión de la incapacidad de las democracias latinoamericanas —aliadas a Washington— para dar satisfacción a las necesidades urgentes de las grandes masas.

Durante quince años, desde el término de la guerra, en más de una docena de reuniones panamericanas de toda clase, Estados Unidos había derrochado las más cordiales expresiones de solidaridad y economizado al máximo las pruebas efectivas de dicha solidaridad, sobre todo en el terreno económico. Sin perjuicio de ello, y gracias a la incapacidad política latinoamericana (que ha llegado muchas veces al servilismo), el gobierno de Washington obtuvo en el mismo lapso el más completo respaldo político y militar de sus aliados hemisféricos. Era, como dijo el senador Vandenberg del Pacto de Asistencia Recíproca suscrito en Río de Janeiro en 1947, "un negocio de mil por uno". El único inconveniente de negocios tan buenos es que no pueden durar demasiado y la prueba la han tenido los norteamericanos en Cuba y en la ola general de antinorteamericanismo que crece en toda América Latina.

La severa revisión crítica de la política de su país que ha hecho el nuevo gobierno de Washington ha abarcado también a este continente. El 13 de marzo, ante los embajadores latinoamericanos reunidos para escuchar el discurso en que el Presidente Kennedy delinearía una nueva política hemisférica, dijo éste:

"Como ciudadano de Estados Unidos permítanme ser el primero en admitir que nosotros los norteamericanos no hemos comprendido siempre el sig-

